



A historia del hombre está llena de ritos, de mitos, de leyendas y de fábulas, que, sin duda, deben de responder a una necesidad íntima permanente del corazón y aun de la mente. Nos referirnos ahora a aquellos en los cuales de un modo espléndido o rudimentario aparece la recreación del mundo, del cosmos.

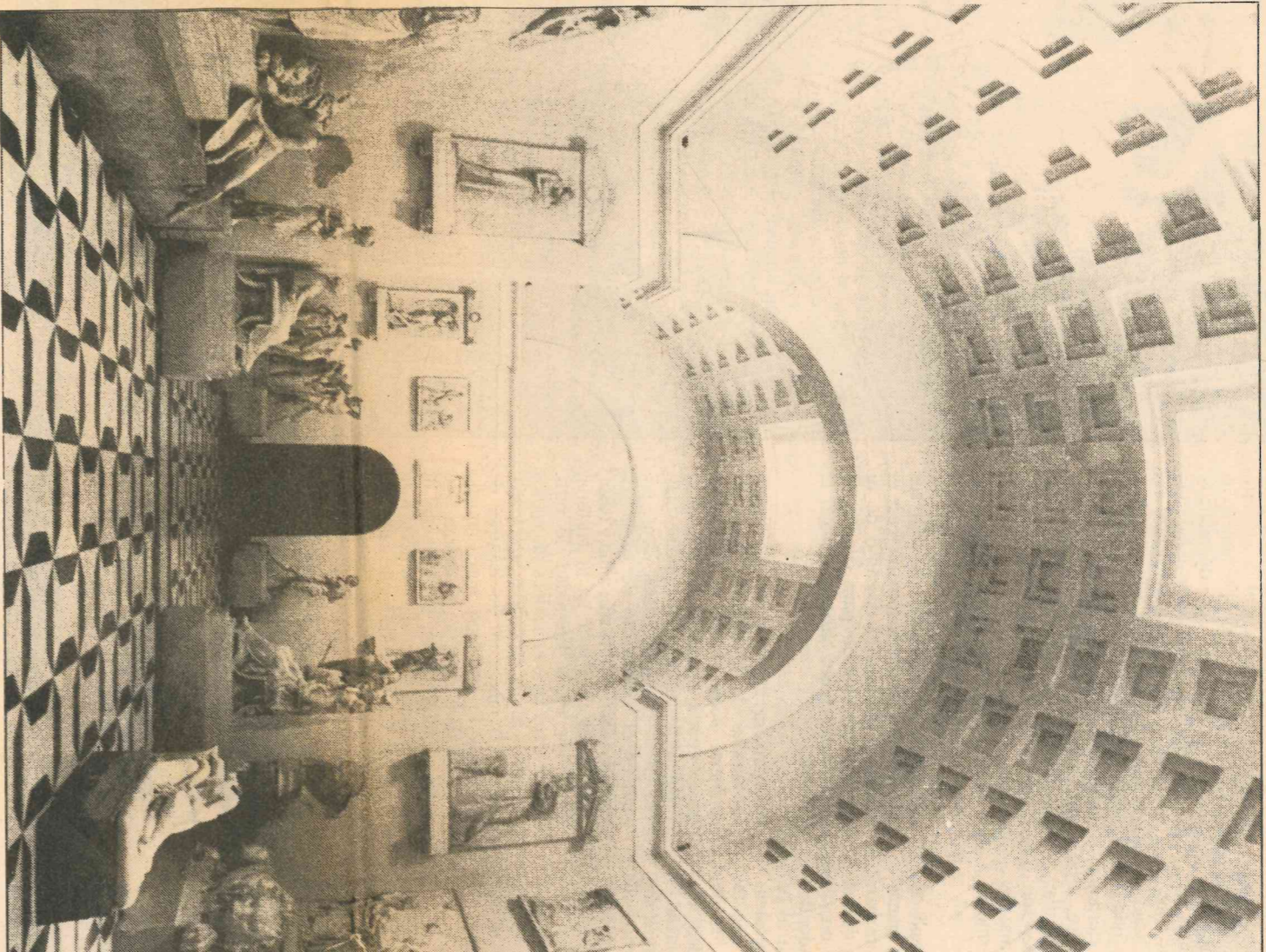
El fundamento de estos ritos puede ser el de creer que todas las cosas que vemos son perecederas, sentido así más como un sentir originario y como una experiencia que como una idea o juicio. Una experiencia de la vida de acá, tal como se nos presenta hecha extensiva al universo todo. Pues que estos ritos, verdaderas liturgias, tienen un alcance y un sentido cósmico.

El firmamento y sus astros, la luz, los elementos, el orden de todo ello que permite y alberga la vida, son sentidos como perecederos también, como no conteniendo en sí mismos fuerza y razón bastantes como para subsistir siempre. Y este sentir es el fundamento en el alma humana para la creencia, para las múltiples y diversas formas en que se presenta la creencia en que el universo procede de un creador que lo tiene de su mano y que ha de cuidar de él y renovarlo. Es claro que estas consideraciones en nada disminuyen la plenitud de esta creencia, antes bien la fundamentan en la condición del alma humana que, persistentemente y en lugares y culturas muy alejados unos de otros, las han abrazado vehementemente, sin poder nunca abandonarlas.

Considerando solamente nuestra vida, nuestro pequeño mundo recorrido en la inmensidad del universo total, vemos, y aun todavía más sentimos, que ella necesita renovación; que lo propio de la vida es resurgir. Pero en el fondo de nuestro anhelo hay algo más; late inacallable como una sospecha la idea de que todo lo vivo que vemos y sentimos dentro y fuera de nosotros mismos tendría que ser recreado una vez más. Y de que en alguna parte, escondido, o a la vista de todos, exista algún elemento capaz de vivir a los demás, de fijar la vida en modo más impercedero. Fuera ya del recinto de las religiones

## La recreación

María Zambrano



Espacios para el arte

aparecen los sueños de la Alquimia, por ejemplo. El sueño que persigue el descubrimiento de una materia preciosa en grado eminente: una materia pura y dotada de poder de transformar,

mucho, muy intensamente. Cuantificar la producción literaria no representa ninguna aportación porque ya está hasta excesivamente cuantificada. Lo importante es que se publiquen libros muy escritos y no muchos libros. Y eso Flaubert lo hizo con un rigor de autoexigencia brutal.

### VOLUNTAD BARROCA

□ En este sentido, su prosa, como la de Flaubert, está trabajada hasta el detallismo fónico. Las largas frases que utiliza para expresar matices interiores del hombre han provocado que se hable de una voluntad barroca en su estilo. Pero, ¿se trata de eso?

■ —Voluntad barroca no, pero no rechazo hacer barroquismo si, en el plano estricto de la expresión literaria, significa un gran interés por la frase larga que describe mundos intentando obtener de cada viraje una acumulación de matices o sensaciones. Pues mi narrativa, más que de temas, es una narrativa de matices y sensaciones, vibraciones. Y eso creo

ellos de civilizaciones más antiguas nacidas en torno a ese mar tan creador, el pequeñísimo mar Mediterráneo. Durante toda la Edad Media y en el corazón del mismo periodo llamado Renacimiento, el ejercicio de la Alquimia era cosa corriente en los más grandes sabios, en los filósofos: el monje inglés Roger Bacon y Alberto el Grande, maestro de Santo Tomás de Aquino, eran expertos en ellas. Y hay quienes insinúan que este saber secreto fuera poseído por los grandes maestros anónimos que levantaron las grandes catedrales, los palacios y fortalezas. Nuestra ignorancia no nos permite juzgar el asunto. Mucho saber y muy profundo hubo, sin duda, en esa todavía por algunos menospreciada Edad Media, tan creadora, que, quizá, a causa de este desdén con que ha sido mirada, no ha desvelado sino en pequeña parte sus secretos.

Más de todo ello sólo podemos retener esta singular idea que llegó a ser creencia de un saber creador, de un saber acerca de la intimidad, de la interioridad de la vida que conduzca a recrearla siquiera sea en un solo punto. Idea y ensueño de crear también algo que permanezca, que dure, aunque no esté propiamente vivo, como vivas, en cierto modo, están las grandes obras de arte, las grandes civilizaciones y sus construcciones históricas. El poeta Paul Valéry dijo, hace ya muchos años: «Sabemos ahora que las civilizaciones son mortales.»

Causó impresión esta frase del poeta, como suelen causar la todas las simplificaciones y las peligrosas verdades a medias. Eran los tiempos del esplendor del famoso libro *La decadencia de Occidente*, del filósofo alemán Oswald Spengler. Gran número de europeos cultos parecían complacerse en pensamientos crepusculares, como si anhelaran allá en el fondo de su alma que la vieja Europa entrara a formar parte de las civilizaciones pericidas, de la belleza amortajada. Mas la verdad, la simple verdad es que si las civilizaciones mueren, también renacen; que todo lo olvidado reaparece un día; que la vida se ha nutrido siempre, la vida de los hombres, de la esperanza de ser recreada, o de ser creada del todo y para siempre. Que el hombre, mientras se pueda llamar tal, es un animal que persigue el conocimiento a crearlo. ■

encontrarlo en la utilización de esa frase que va y viene y que exige al lector un poco de esfuerzo adicional. Pero acepto exigírselo porque no me interesa convertirse en un autor de «bet-sellers» leído por una multitud, sino que lo que me gustaría es que me acabase leyendo mucha gente a lo largo de mucho tiempo, no en un momento determinado. Sería la compensación que obtendría del esfuerzo terrible que me representa escribir.

□ Ha insistido mucho en el planteamiento lírico de su obra. Parece como si la novela psicológica y de la condición humana que elabora nos llevara a una búsqueda voluptuosa de valores. ¿Es la busca, en el fondo, una novelística de la voluptuosidad?

■ —Si es, que yo creo que el ser humano comienza a serlo a partir del momento en que siente la voluptuosidad, y se deshumaniza cuando no le afluye. Es el gran fenómeno que dimensiona el ser humano, de forma que cuanto más voluptuoso sea más abierto estará a todas las vías de penetración de sensaciones,

La fascinación de un ser humano ante la obra de arte es una manifestación de voluptuosidad. El ser humano al que adoro es al rabiosamente voluptuoso, pero en el sentido noble, no en el peyorativo que normalmente se utiliza en áreas de circulación puramente morales. Precisamente lo que se dice entre líneas en *Los dioses inaccesibles* es que el hombre, cuanto más abierto esté a impactos sensoriales producidos por la belleza del entorno —un paisaje, un cuerpo, unas actitudes humanas...—, cuanto más receptivo sea, más integralmente humano será y más será contagiosa su capacidad de entusiasmo. Y el entusiasmo humano, no lo olvidemos, es el gran fluido que puede mejorar este problema de convivencia del que hemos hablado. El entusiasmo proviene de una palabra griega, que significa estar inspirado por los dioses. La persona entusiasmada es la que se ha convertido en un pequeño dios. Y qué más podemos desear que una sociedad de gente entusiasmada, por tanto, de gente que de alguna manera se convierta en pequeños dioses. ■